LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA, REALIZACION ORIGINAL Y SOLIDA

MCD 2022-L5

Conferencia para el curso "Experiencias políticas del mundo actual", pronunciada por el embajador de España en la O. N. U., don José Félix de Lequerica, el 25 de enero de 1961, en el Instituto de Estudios Políticos, de Madrid

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5

La experiencia española, realización original y sólida

Dentro del ciclo de conferencias que ha organizado el Instituto de Estudios Políticos sobre el tema de «Experiencias políticas del mundo actual», el embajador de España en la Organización de las Naciones Unidas, don José Félix de Lequerica, pronunció una conferencia de la que ofrecemos aquí el texto íntegro:

«En el curso sobre la experiencia política del mundo actual se me hace el honor de invitarme a intervenir en la serie de conferencias. Sinceramente lo agradezco. Poco mezclado hace bastantes años a la vida de Madrid, me halaga especialmente este recuerdo.

Para el examen de esa experiencia política podría ser útil la experiencia política personal de quienes intervienen en el curso. Ha sido esa, por lo menos, la única razón que se me ha ocurrido para explicar mi presencia entre tantos hombres de superior cultura técnica especializada. Es ella insuficiente para tranquilizarme. No basta haber sido contemporáneo y observador desde buenas localidades, y aun pequeño actor a veces de los sucesos públicos de un período. La experiencia supone más. Implica aprovechamiento de la enseñanza y aplicación de lo aprendido a las circunstancias nuevas. La larga vida dista bastante de poderse llamar por sí misma experiencia. En la Historia, singulares hombres de Estado, repletos de años y de servicios, dieron al fin de sus carreras señales de haber aprendido poco y tropezaron donde menos podía esperarse. Uno piensa en las «tormentas del 48», que dijo nuestro novelista, y en cómo allí sucumbieron malamente, ante obstáculos quizá no insuperables, tipos tan complejos, nestorianos y repletos de buenas y malas mañas como Luis Felipe y el canciller Metternich. Probablemente no habían aprendido lo suficiente, o quizá el largo aprendizaje de la vida no garantiza contra nuevas circunstancias y otros cantares.

En esta experiencia de la vida pública de Europa quizá lo más impresionante para un hombre pasado por otros tiempos es la falta de política. No me pidáis definir la política en el sentido claro en que empleo el término. Entre tantos varones senatoriales del gremio profesoral como forman este Instituto, me sentiría insuficiente. Aceptad, pues, la estampa popular, alto burguesa e incluso regia del siglo XIX. y aun de hace treinta años, en su vaguedad, capacidad de ilusión y música notorias, y permitidme seguir.

Personalmente he conocido tiempos repletos de política. Miro hacia los problemas españoles. Que se han parecido mucho a los del resto del mundo. He conocido la política en apogeo, llenándolo todo. En tiempos menos populares y más privilegiados, que privilegio era entonces participar en los asuntos del Estado.

Señores, de largos recuerdos de esa era política—la concretó Alfonso XIII—retengo una impresión de inquietud. Lo oligárquico es por naturaleza mercurial. He aquí una actividad nerviosa. Veo el Parlamento y el Gobierno de los dos partidos, al cual he asistido, y aún en su agonía, antes del 23, participado desde dentro. Hombres espléndidos de entendimiento peleaban y chocaban en inquietud, en excitación; párrafos como cataratas saltaban entre peñascos, lucientes de elocuentes atisbos. A algunos de esos hombres seguí de cerca. Hoy nos parecen para el tiempo presente la mayor parte de tales explosiones de pensamiento y de palabra, inadecuadas. Imposible evitar esa apreciación de sucesos, quizá fatales, no de personas rectoras. Queda-

MCD 2022-L5

ba mucha gente fuera de su pensamiento, muchas acciones fundamentales de la vida estaban más allá de sus proyectos y reformas de tipo meramente político, para que nadie pudiera obtener un vivir encalmado y sereno. Es más, de la agitación, de la febrilidad, de la preocupación constante se había hecho o habíamos hecho todos virtudes, y Galdós definió como años bobos los más tranquilos de la Restauración.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

El régimen vivía rodeado de enemigos más poderosos que él, como una fortaleza sitiada. Difería en ello poco del suceder europeo coetáneo. Nuestro régimen constitucional hasta el 23 mismo seguía siendo, sin confesarlo ni proponérselo, un sistema censitario electivo con renta. Tengo la sensación personal ahora de haber sido diputado censitario aun cuando en pleno sufragio universal. Pocas y concentradas influencias—muy arduas de manejar—nos enviaban a sentarnos a las Cortes. Lo digo sin crítica, y vuelvo a pensar en lo que eran bastantes distritos electorales ingleses de la época si se leen las Memorias de Baldwin.

Ejércitos poderosos, capaces todos ellos de destruir la fortaleza estatal, le ponían sitio. Se defendió al principio por las solas fórmulas del cansancio general, y a fuerza de ingenio y de talento. Y de tradiciones en la cumbre—creo yo que sin merecida sonoridad popular—, asociadas de tantos siglos a la agitada historia española. Me impresionó mucho, en una publicación de cartas por el duque de Maura y Fernández Almagro, una de don Antonio Maura, joven, cuando por un puro azar se encontró con las personas reales, saliendo del funeral de los jefes muertos durante la Regencia por los sublevados de Villacampa. Le sorprende a don Antonio la frialdad del público, su ausencia de emoción. Las circunstancias eran propicias a despertar calores de reacción y echa de menos, ante aquella debilidad nobilísima, mayor consideración y respeto.

No lo había. Nuestro régimen, contra cuanto ha podido decirse después, tenía en sí bien poca fuerza. Ninguno hubiera tenido más, me apresuro a decirlo, de haber alcanzado, por el sufragio o por la violencia, las alturas del Poder; ya se vio luego. Era arduo, casi sobrehumano, ante el choque ideológico de la época, mantener ninguna institución de elegante neutralidad y no asociada a la controversia política, tan hinchada, tan sugestiva, llena de tentaciones como una pasión culpable.

Hace mucho tiempo escribí que probablemente la discordia había contribuido a mantener la institución hereditaria en España. Si no se divide la dinastía en dos ramas al empezar el segundo tercio del siglo XIX y se sitúa cada una de ellas al frente de un bando, decía yo hace cuarenta años, todo hubiera sido rama vencida y proscrita. Eran tales los enconos partidistas, encendidos de fuego inextinguible, que un órgano de equilibrio y serenidad hereditaria, asistido de enseñanzas y ejemplos históricos, malamente podía navegar entre las encontradas pasiones. Les salió un papel banderizo, combativo y nada arbitral, lejano probablemente a sus deseos y sus propósitos, pero útil para sobrenadar en tan agitados mares.

Después de las catastrofes sucesivas se volvía a los faros y a los puertos de más o menos resistencia ante las olas, y algunos hombres de equilibrio «rari nantes in gurgite vasto» empezaban a reconstruir la ciudad y a remar en las naves.

Períodos con cierta dulzura de vivir dentro de la fortaleza, cuyos torneos políticos hasta despertaban la curiosidad de los sitiadores en treguas breves de su combatir; esos períodos con tanta penetración histórica y pericia teatral traídos al teatro por el marqués de Luca de Tena. Allí está, con toda su fuerza, toda su debilidad y su nobleza, su encanto pasado, lo más digno de flotar de aquel período. La pequeña y bella plataforma sobre los «niágaras» frenéticos de una parte y de otra.

EL DRAMA DE LA REVOLUCION-EVOLUCION SOCIAL

Quedaba fuera el drama de la revolución-evolución social. No era el fenómeno exclusivo de España, país poco industrial. Pero era también de España. Nuestras masas obreras, aparte de Cataluña y un poco de mi tierra vascongada y Asturias, tan sólo operaban al principio para afligir a los más o menos idílicos aldeanos de las aldeas perdidas con su llegada intempestiva a tierras que la nueva civilización industrial entenebrecía. Carbón, polvo de hierro; los peces se morían en los ríos envenenados por los detritus de las explotaciones. No sé si fue don Alejandro Pidal quien presentó el dilema del Nalón: o truchas o carbón. Así se insinuaba y se planteaba de prisa el conflicto social. Iba a venir, para aumentar las tropas de sitio a las Instituciones constitucionales, la masa llamada ya desde entonces proletaria cuya fuerza aumentaría la de la pura oposición política hasta hacer el aire español irrespirable.

No habíamos preparado d e f e n s a s adecuadas. Hace poco hacía notar un biógrafo inglés, católico, de Pío IX, que la «Rerum Novarum» aparece en 1891 —León XIII—, pero ya el manifiesto comunista de Engels y Marx era de 1847. Muchos profesaban un ideario repleto de supuestos filosóficos malos, que llegaban sólo indirectamente y en forma brutal a los afiliados, pero cuya presión espiritual sobre la marcha del mundo no pudo ser más decisiva. Treinta años antes la «Rerum Novarum» y quizá hubiéramos tenido un asidero. Pero no lo había. El problema social del siglo XIX y aun a prin-

MCD 2022-L5

cipios del XX se presenta sin maldad deliberada, sin egoísmo probablemente; con algo mucho más implacable e irremediable: ciego; una mecánica del vivir de la cual surge la clasificación de las gentes en burguesas o directoras y obreras o dedicadas a una labor de tipo visiblemente duro, entonces sin garantías ni defensas.

LA GUERRA SOCIAL

La guerra social parecía inevitable aun antes de llegar a incrustarse en la forma geográfica de determinados Imperios y tierras, para acometer a los clasificados y mantenidos en otro sistema de vivir. Nuestra España padeció el mal. Yo he oído a Pablo Iglesias en las Cortes y he asistido a incontables huelgas. Poderosas razones de economía y de legítima busca del bienestar se mezclaban a una mala filosofía. La verdad es que no había un minuto de paz por estas y otras razones.

Hombre impresionable y nervioso y algo dado a elementales fantasías pseudoliterarias, recuerdo joven Subsecretario de la Presidencia de don Antonio Maura, haber ido, cansado de recibir noticias endiabladas, algún domingo por la mañana al Prado a mirar a la cara fijamente al conde-duque de Olivares, pensando en su vida, repleta toda ella de pésimas nuevas. ¿Cómo las resistía éste impasible? El doctor Marañón nos lo ha contado. Y yo algún consuelo encontraba, aun cuando no conocía la interpretación patológica. al ver a aquel sujeto, inflado y nada tonto, cuya edad me parecía entonces muy avanzada, tan elegante y a caballo, cuando sólo le comunicaban rendiciones de plazas, heroicas resistencias, infanterías vencidas, que iba a contar Bossuet, desdichas de todo linaje.

LA ESPAÑA PREACTUAL

Mal estaba la fortaleza de la España preactual. No había humor, ni la función gubernamental, aun con las ilusiones naturalmente inspiradas por ella en juventudes ambiciosas y un poco noveleras, tenía demasiados atractivos. España, nerviosa, nerviosa por sus antecedentes históricos; nerviosa por las disidencias alrededor de sus Instituciones fundamentales, en precario siempre; inquieta, agitada por explosiones de tipo social; con ásperos problemas exteriores, a los cuales no faltaba, ciertamente, gallarda aportación de heroísmo, y que quizá con su utilidad instrumental, como en el caso de Marruecos, a la larga nos han salvado, preparando un espíritu capaz de crear el orden nuevo y de mantenerlo.

Se estremecía la España preactual ante la disgregación. Crujía y le hacían sonar los huesos intentos de separaciones. Fueron ellos una sustancial rebeldía burguesa sin justificación histórica, pero con elementos de facilidad tentadora para atraer opiniones electorales y suscitar fervores por lo inmediato y local. Se consolidó una extensa incapacidad para el patriotismo histórico, el de valor universal, sustituido por cultos menores hacia formas anteriores a la unidad y a la Edad Moderna de la Historia de las que hizo notar con agudeza Artigas, director de la Biblioteca «Menéndez y Pelayo», que muchas veces eran creaciones de secretarios y otros curiales, ansiosos de magnificar la función de sus patronos.

LA DEFECCION DE LA BURGUESIA

La tragedia española más típica en lo que va de siglo hasta la guerra de Liberación fue la defección de la burguesía de varias tierras de España, entregada a una alborotada zarabanda de reivindicaciones históricas, insolencias antiestatales y distorsiones del espléndido hecho español universal, y cuya colaboración—activa o pasiva—con la revolución social, y con la revolución puramente política—todavía entonces llena de vivacidad—, ocasionó las catástrofes que enterraron nuestra Monarquía, dieron lugar al espantoso ensayo, todo disolución y crimen, llamado segunda República, e hicieron preciso el radical remedio liberador. La rebelión de los ricos o de los burgueses y acomodados, aún no dibujada bajo la restauración, constituye el episodio más negro del reinado de Don Alfonso XIII; deshizo los instrumentos de política con los cuales podía operar aquel régimen y nos trajo a la crisis sin precedentes, para cuyo remedio fue necesario movilizar a la Nación entera.

Hay en la rebeldía del burgués aspectos mucho menos emocionales y conmovedores que en la dolorosa exaltación revolucionaria de las masas, probadas por el sacrificio diario y con disculpa humana para muchas de sus injusticias. La fatuidad inflada de las gentes ricas en descomposición nacional, la agresividad de sus «inteligentzias» de casa y boca y el abandono de los deberes morales con la Patria llenan de horror nuestro período preparatorio de las actuales experiencias políticas, y sin medir bien ese horror no serían éstas inteligibles en España.

Y quiero añadir a los ricos, algunos, bastantes, piadosos, cuya rebelión igualmente contribuyó a esta dura, abominable e indisculpable acción. Aún siguen merodeando, y desde lejos de España se ve bastante su acción.

LA PROYECCION ESPAÑOLA EN LO UNIVERSAL

Cuando ante un hecho creador universal, como la labor de nuestra Patria en el mundo —su proyección en lo universal—, surge esa disidencia y una depresión nacional como la que conocimos en el Estado, debe ser sucedida por la más enérgica y dura de las reacciones. Ahí no hay

MCD 2022-L5

un solo adarme de justicia, ni un hilito de luz, ni la más leve amarra para la condescendencia, como en otros casos.

Oía hace poco en la Asamblea de Naciones Unidas el bellísimo rosario de cantos a España, pronunciados con estilo y alta cultura por oradores de los queridos países hispanoamericanos al tratar del problema colonial. Uno tras otro iban definiendo cuál fue nuestra tarea creadora y la deuda de gratitud de las naciones herederas para la que llaman todavía con generosa metáfora la Madre Patria. No era lo esencial lo que decían con valer tanto, sino el verles representando un mundo casi sin límites, un lenguaje puro, una comunidad de sentimientos, no en «commonwealth» ni en otra asociación política, sino en remota «internacional», comparable a las religiosas o a las de transformación social, libre de vínculos legales, poderosa, empero, de su misma esencia y creación. Y recordaba aquellas terribles palabras pronunciadas un día en el Parlamento de mi país, cuando al plantearse, mal o bien, el dilema Monarquía-República, no se respondía con un España, siquiera retórico y confusionario, sino con la desgarradora enunciación de una parte de la Patria, de un fragmento nacional elevado a centro de la devoción única de bien considerables españoles.

Fue el momento más doloroso de todo nuestro siglo XX. En unos sitios servido por considerable espíritu, y en otros de menos, mucha menos calidad intelectual, como en mi tierra, donde la inteligencia de los hombres extraordinarios vascongados de la generación del 98 ahogó en desdén y horror toda posibilidad de exaltación delicada y aun meramente inteligente del propósito disociador.

NINGUNA BROMA CABE CON LA UNIDAD NACIONAL

Ninguna broma cabe, «on ne badine pas», ninguna broma cabe con la unidad nacional. Contra todo intento político disociador sólo es sabia y comprensiva la implacable dureza. Cuanto más enamorado está uno de las prodigiosas variedades españolas, como me ocurre a mí y creo que a todos ustedes—yo hablo de una tierra bien definida, las Vascongadas—, y se vive en la ternura y la atracción incluso física de los propios lugares y se adoran todas y cada una de sus creaciones, cantando su música con quebradas voces, se danzan danzas, y se hablan sus idiomas, y se pide la libertad y aliento de sus peculiaridades, y quema la impaciencia para separar obstáculos a sus empujones de progreso material, se debe ser más inexorable en alejar esos tesoros, de la fea historia de la separación.

Porque la distinción entre esos amores y la separación es de esencia, no de grado. Dejemos para siempre fuera tantas bienintencionadas simplezas —hoy se pueden llamar simplezas—, incluso las de los hombres más ilustres, propicios a ungirse de comprensión, a encontrar contactos, concesiones, cauces legales, a la siempre incurablemente malintencionada intentona disgregadora de lo particular en España, sin el amor primero nacional.

FRIVOLA CONDESCENDENCIA HACIA LAS SEPARACIONES

Hubo una frívola condescendencia en los medios intelectuales y políticos hacia las separaciones. Se estimaron un día síntoma de vitalidad.

Los españoles normales, fieles, de las tierras aquejadas parecían cerrados y estorbosos. Se reían las gracias de la separación. A Eugenio d'Ors no le perdonó nunca Madrid el haber dejado su plataforma local. La dificultad de creer en la malicia del rico —y no digamos la del piadoso— llevaba a muchos honestos políticos a aceptar tristes capitulaciones de decadencia. Así nos fue. Confabuladas todas esas fuerzas, estuvieron a punto de acabar con España.

Si por imposible la gran construcción moderna española del Estado no continuara viva o se redujera o azucarase en contacto y contubernio con otras aspiraciones, y un día de nuevo surgiera el espíritu de comprender las «particularidades» de separación, tened por seguro que volverían a repetirse los mismos males y volverían a repetirse también los remedios. Caeríamos otra vez en mancomunidades, estatutos, plebiscitos de independencias locales. Ahora son ya un ingrediente en cualquier intento contra la fortaleza del Estado. Desde el Pacto de San Sebastián no se concibe un propósito de cambio político español sin conceder su parte a estos accionistas de la separación. Y ellos son los más fervorosos. Su aportación de capital traerá siempre los mismos resultados.

Se engañan quienes descuidan para sus construcciones el profundo sentido popular de la unidad española. Personalmente he conocido enormes desfallecimientos, pero he visto, luego también, la reacción, y esa reacción se repetiría siempre. Agotadas las malicias destructoras, una fuerza segura, civil, militar, arrollaría los falsos tabiques de cartón y reharía España. ¡Ah! Pero ya no puede asegurarse que obedeciera, si se abusó demasiado de la traición, a las mismas formas de moderación constructiva que tuvo después del hundimiento de la República. Hay otros ejemplos más avanzados socialmente de organización nacional, militar y civil, en muchos países, y no sería difícil que a ese nivel nuevo tuviera lugar la reacción española, si insensata se renunciaba al sano y potente equilibrio de las consecuciones presentes.

Y en el camino del mal, pero siempre

MCD 2022-L5

dentro de esa incurable reacción de lo hispánico, podría surgir la Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas, fórmula la más férrea de unidad para realizar la profecía de Calvo Sotelo de la España rota y la España roja. ¡Ay entonces de los burgueses y los piadosos asaltantes de España!

LOS GRANDES ESPIRITUS, EN LA POLITICA

Otro ejército, otras mesnadas, atacaron también la fortaleza de nuestra vida normal, o llamada normal, del período constitucional censitario. Fue el fenómeno—quizá únicamente español por su extensión, intensidad y salto de vallas—de la entrada de los intelectuales, de los grandes espíritus, auténticamente inspirados literatos, en el terreno de la política. Libre curso ha tenido siempre la especulación sobre los problemas de un país a cargo de los conocedores, de los sabios, de los elocuentes y de los dotados de gracia literaria. En España dejó de ser especulación y se hizo política. El 98 nos había favorecido con una generación de raras capacidades, honor y aumento de nuestro país. De su obra ha quedado lo positivo y su adición a la grandeza de España, cuyos aspectos de vida y de historia han interpretado y enriquecido. Por ello les pueden ser perdonados muchos pecados, y no perdonados condescendientemente, sino en exaltación de culto patriótico. Pero, señores, recordad lo que es una organización política y de gobierno, con un sistema o con otro, y decidme si no se le planteó a España una extraordinaria pejiguera cuando la atención pública se vio casi acaparada por el pensamiento de estos hombres, sin ligazones de partidos, con la pretensión de imponer su pensamiento fuera de las servidumbres, de la organización y aun de la cofradía partidista. El «problema de España» que ellos articularon dejó sin gracia ni perfil los propósitos políticos. ¡Era tan amplio, tan irresponsable y tan libre de las trabas ineludibles del vivir!

Hoy alguna escuela bien inteligente lo ha reducido y, si vale decirlo, desinflado. Pero volved a los primeros novecientos e imaginad qué supuso aquella horadación intelectual incesante de cosa tan valiosa como es el armazón estatal de un país. Fueron implacables, destructores. Unos y otros, los tenaces y aliados al fin de la revolución y los arrepentidos, reconstructores penitentes. El español, además, estima poco las organizaciones, quizá modestas, sin brillo, indispensables en el terreno labrable de la política. Quiere el fervor encendido, la exaltación, la relación espiritual ardiente de los días de la porciúncula franciscana, y desdeña las organizaciones, más oscuras, laboriosas, inflexibles a veces, realistas y modestas, pero dedicadas a conservar lo más rico de esa espiritualidad, a través de lo cuotidiano, sea para las Ordenes religiosas o las agrupaciones de bien público humano. [illegible]o entraron aquellos ilustres varones en esas modestas tierras de pan llevar, eclipsaron a la fuerza puramente política y acabaron por rendir la fortaleza. El propio enorme don Marcelino, ¿no fue el primero en manejar de ese modo la Historia para traerla al debate diario y deslucir y hasta eclipsar con su cabalgata genial de siglos los propósitos y controversias forzosamente menores de los partidos?

¿Querían ellos mismos gobernar? Ojalá. En esa tarea hubieran aprendido a limitarse, a «comprimirse», perdonad la trivialidad de hombre de la verbena. El más político de todos, el más cercano al tipo de movimiento, de preocupación y reacciones de la política de partido, fue—aun cuando a él le horrorizaba la idea—Ortega y Gasset. Es quien se aproxima con un grupo a la lucha parlamentaria, encaminada a ocupar el Poder los primeros días de la República. Al llegar a este momento, a mi juicio el más iluminante para la acción de los grandes intelectuales españoles del primer tercio del siglo, Laín Entralgo detiene su comentario y se excusa de seguir hablando. ¡Qué lástima! Con su sólido pensar, grandes esclarecimientos podría habernos aportado sobre la dificultad de incorporar, aun en un ambiente propicio, estas fuerzas a lo exigido por la vida pública parlamentaria.

ORTEGA Y GASSET

En Ortega y Gasset, la ambición de poder, si la hubo, él no se la debió sospechar nunca; hubiera sido normal. Ortega y Gasset había conocido de chico el poder en casa. Leed, pues es curiosísimo, el estudio de un diplomático —el embajador Agramonte— sobre la vida del director de «El Imparcial» y excelente literato Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset, del que Agramonte fue secretario particular. A la casa del director de «El Imparcial» acudían los aspirantes a mandar y allí se decidían en buena parte los destinos cercanos de la organización gubernamental española. Que ellos dejaran en él, luego bien voluntariamente alejado de aquellos caminos, explicable familiaridad con el Poder y tomarán, sin él pensarlo, sus voces un cierto matiz de interdicto de recobrar contra los que malamente mandaran, no debe, pues, extrañarnos. Los «ungulados de la política», que dijo en las Cortes, le cerraron el camino.

Habían aprovechado antes el ataque inolvidable contra las Instituciones recién caídas, pero no quisieron incorporar esta corriente, otra vez difusa de pensamiento, a su labor de partido. Con una visión de organización política y comité, de sentido británico de la vida parlamentaria, creo es difícil censurarles. Ni a Bernard Shaw ni a Wells les hicieron los laboristas ministros. Ni siquiera a Sidney Webb, mi maestro de la London School. Ni en Estados Unidos a Santayana. Defendían ellos los partidos democráticos,

MCD 2022-L5

disciplinados, jerárquicos, bastante impermeables a las penetraciones exteriores no procedidas de noviciado. Sucede en todas partes así; y difícilmente podría subsistir esa organización sin un respeto en lo práctico y jerárquico a tales exigencias del operar partidista. Algo parecido podría pensarse del doctor Marañón, también colocado en medios muy cercanos al Poder y a la influencia política decisiva.

UNAMUNO

Don Miguel de Unamuno, ya procedente del estado llano-burgués, como los otros «grandes» del 98, nunca ocultó una bastante clara afición por los cargos electivos. Yo lo recuerdo, de chico, muy contento en Salamanca en la época en que era o acababa de ser concejal. En las correspondencias publicadas por el sacerdote argentino Hernán Benítez, el doctor Areilza cuenta a Ilundain que los conservadores, muy a principios de siglo, le querían hacer ministro y de Instrucción Pública, y don Miguel estaba muy ilusionado. Probablemente, como Víctor Hugo, moriría triste por no ocupar la Presidencia de la República española. Ramiro de Maeztu aceptó al final la disciplina política y entró por los caminos de las Embajadas. Como Ramón Pérez de Ayala, Azorín aceptó Subsecretarías. Don Pío estuvo a punto de ser concejal.

VALLE-INCLAN

Creo que todos ellos, Valle Inclán inclusive, hubieran participado gustosos en el mando con una República ateniense o una Monarquía ilustrada que les hubiera acogido a tiempo, si era posible. No lo fue ni con la una ni con la otra.

Ahora, lo espléndido de su talento, la belleza de sus críticas, el incendio incomparable al manejar un poco impunemente la historia y la vida, enredaron el vivir político de la época. No quedaban oídos, sobre todo en lo selecto de la sociedad española, sino para una crítica casi ilimitada y cosmogónica. La «Reforma intelectual y moral», de Renán, después del 70 francés es prudente en su inspiración y alcance, comparada con estas demoliciones integrales, volcánicas, provocadas por nuestros hombres de crítica, e implantada en el terreno, no adecuado a ellas enteramente, de la política práctica. La revolución organizada a su hora puso la turbina en estas aguas intelectuales, y juntas quebraron las nada fuertes murallas del régimen sitiado.

LA IRRELIGION

Mencionó tan sólo de pasada, precisamente por esencial y sobrada vista, una poderosa corriente destructora de la España constitucional de tipo universal: la irreligión. Trabajaba el XVIII, como denunció con mal estilo y gran acierto el pobre Rancio. Consagrada oficialmente desde la matanza impasible de frailes del 34, y muy enriquecida por la eliminación de las Ordenes religiosas y de un espíritu religioso serio que es todo el siglo XIX, operaba fuera y dentro del régimen. No estaba el sistema suficientemente entonado para lo del enemigo acampado en su jardín y enorme porción de fuerzas cristianas españolas situadas al otro lado no le pudieron servir plenamente para mantenerse.

Estos y otros juicios, diré entre paréntesis, no son críticos. Aquel sistema fue lo mejor de España, dentro de lo posible para su tiempo, empezando por su centro y eje, la Monarquía constitucional. El más enterado de la marcha del mundo y con visión más clara sobre lo importante de nuestro problema. Pero débil, casi impotente, cercado, con un volumen de oposición superior a todos sus medios de poder y condenado a mal vivir y a caer. No basta ser lo mejor en un período histórico, si no se acierta con la precisa fuerza muscular para dominar a los enemigos. Le faltaba aliento popular—Maura quería asentar la vida pública sobre la sociedad entera, no sobre tinglados y ficciones—. ¿Cómo duró? Digámoslo en un solo renglón. Por la fidelidad, penetrante de sentido histórico del Ejército y su horror a la división. Ni más ni menos. Ocurría ello a través de muchas variantes a otros regímenes europeos de la época, incapaces de aliento popular verdadero. Ellos también han cambiado revolucionariamente o por revolucionaria evolución. Para todos está bien la justicia, aun cuando sobre la nostalgia política, no la puramente personal.

OTRAS FORMAS DISTINTAS

Señores, la modernidad reclama y ha creado otras formas bien distintas de las bien intencionadas oligarquías a las que me vengo refiriendo. En varias zonas de pensamiento organizado político está dividido el mundo. Algunas abominables de propósito. Todas ellas coinciden para el bien o para el mal de sus íntimas finalidades, en una plena consideración, primero, del elemento extenso, humano, individual, de las gentes. Agrupadas de un modo o de otro, pero muchas, muchas, muchas. El número es un factor decisivo. Se le podrá canalizar. Cabe adecuarlo a categorías morales superiores y hacerle operar por medio de organismos, pero siempre será el número, informador de todas las formas de organización y doctrina política hoy establecidas. Vivimos en su era y no hay por qué quejarse ni entristecerse. Número suponen por definición las democracias anglosajonas y asimiladas, tan organizadoras y de eficacia innegable (ya superada la época oligárquica) dentro de sus zonas y de sus propósitos. Número suponen las llamadas «democracias populares» de los países más sencillamente denominados soviéticos. Número soviético sujeto a

normas férreas con direcciones muy decididas y doctrinales, con poca libertad de movimientos para muchos aspectos antes considerados factores esenciales para el libre juego de la vida pública; pero cantidad, gente, aspiración al bienestar y al propósito general. Que la minoría directora profese principios siniestros y envenene al número confiado a su cuidado no quita a la exigente realidad.

DEMOCRACIA ORGANICA

Y número, número cristiano, son también los países de democracia orgánica como el nuestro. Otros ejemplos hay en el mundo. Número encajado en casilleros de tradición y de sabor propio. Ahora, con preocupación esencial por el bien de ese número, preocupación que le otorga su natural influencia. Nuestro mundo sindical, quizá la consecución más extraordinaria del extraordinario, originalísimo Estado montado en España desde hace ya veinticinco años, es un homenaje al número cristiano.

Lejos de implicar, como podría hacer suponer una mala interpretación de lo que intento deciros, un homenaje confuso de la masa, es testimonio rendido a la chispa de origen divino de cada una de las almas individuales. Cuanto más en seres humanos se piense, cuanto más nos acorten las noches el dar vueltas a su dolor ante las inclemencias de la vida, más cristiano será el pensamiento informador de la política. Estoy lejos de la pena de quienes recuerdan envidiosos unas supuestas Europas minoritarias y selectas, de la paz de Westfalia, o la Ilustración o la «belle époque». Todas coinciden con las crisis del cristianismo y nuestras agudizaciones de decadencia.

Puede ser duro el mundo nuevo, incluso feroz, en algunas de las áreas antes repasadas. Le falta, en cambio, la nerviosidad del siglo de las transformaciones y revoluciones puramente políticas, del siglo XIX y sus secuelas el XX.

Son sus regímenes, los buenos y los malos, aplomados, dispuestos para luchas de mayor magnitud que las puramente interiores. Por eso mismo, fuertes, organizados y tranquilos. La temperatura ha bajado, hay radiaciones sospechosas en la atmósfera y no se puede salir de levita. Esas democracias anglosajonas, a las cuales a veces la crítica nuestra no perdona, o, al contrario, nos tientan tan sólo por sus exterioridades a j e n a s a nosotros, son máquinas en lo humano casi perfectas, salidas de la era oligárquica, asistidas de profunda realidad social y nada sometidas en lo esencial a fluctuaciones ni peligros.

Lo social y director suple en ellas la aparente falta de sujeciones reglamentarias. Las democracias populares soviéticas alcanzan por caminos rudos igual tipo de fortaleza articulada, gran aprovechadora de las debilidades del adversario. Otras formas de organización que corresponde, bien lo sabéis, a muchas Repúblicas asiáticas y africanas, se definen renacientes, populares y con una gran seguridad en sí mismas. Las veo operar a todas, en el parlamento universal, oportunidad única de presenciar de cerca el juego de los partidos y de las políticas, con sus primeros actores en suficiente proporción que son Naciones Unidas.

Los tres tipos de regímenes contemporáneos —o cuatro o cinco, más exactamente—, unos sin decirlo porque no necesitan decirlo —las democracias tradicionales—; otros porque no les conviene decirlo —los soviéticos—, pero, otros con más espontaneidad verbal, han buscado lo que nos faltó siempre en la vida pública a que antes pasaba revista: el mínimo de conformidad interna.

Más de una vez he citado, pues me parece delicioso de penetración y de gusto —quizá sea lo más fino de su juzgar político—, el estudio de Ortega y Gasset sobre Roma, que está en el tomo IV de sus obras completas. Lo voy a citar nuevamente:

«Una sociedad—piensa Ortega—subsiste gracias al consenso. A esto llama Cicerán concordia. ¿Divergencias de opinión? Sí, debe haberlas, si imaginamos al pueblo como formado por una serie de estratos. Divergencias de opinión en los estratos superficiales o intermedios producen «disensiones benéficas» «porque las luchas que provocan se mueven sobre la tierra firme de la concordia subsistente en los estratos más profundos. La discrepancia en lo somero no hace sino confirmar y consolidar el acuerdo en la base de la convivencia. Estas contiendas ponen en cuestión ciertas cosas, pero no todo». Mas si la discusión llega a afectar a los «estratos básicos» de la sociedad queda el cuerpo tajado. La sociedad se disocia, se hace dos sociedades. «Pero dos sociedades dentro de un mismo espacio «son imposibles». Nada es común entre los contendientes. El Estado queda destruido y con él toda vigencia de normas en que apoyarse», concluye la cita. Un inspector de la unanimidad, recuerda Ortega, tenían algunos estados griegos, como Heraclea, en el siglo IV. Poco aficionado a los cargos públicos, observa el gran escritor, ése sí le hubiera gustado.

El mundo, deseoso de ese mínimo de conformidad, le da sus formas propias originales.

Oigamos, por ejemplo, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, al Presidente Sukarno, de Indonesia. Cito:

«El torrente de la historia muestra claramente que todas las naciones necesitan una concepción y un ideal. Así, si no lo tienen o si la situación se oscurece y se hace anticuada, la nación está en peligro. La historia de Indonesia lo demuestra claramente, y lo demuestra también la

MCD 2022-L5

historia de todo el mundo. A este algo lo denominamos «Pantja Sila». Sí, Pantja Sila, o sea los cinco pilares de nuestro Estado. Estos cinco pilares o columnas no surgen directamente de manifiesto comunista ni de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Son ideas e ideales que tal vez, durante siglos, han estado implícitos entre nosotros, y no os sorprenda que hayan surgido en nuestra nación conceptos de gran fuerza y virilidad, durante los dos mil años de civilización y durante los siglos de nacionalidad, antes que el imperialismo cayese sobre nosotros en un momento de debilidad nacional.

¿Qué principios son éstos? ¿Cuáles son estos cinco pilares? Son muy sencillos: primero, la creencia en Dios; segundo, nacionalismo; tercero, internacionalismo; cuarto, la democracia; quinto, la justicia social.»

Y añade el Presidente Sukarno algunos conceptos impresionantes. Por ejemplo, la definición de su democracia:

«En Indonesia basamos la democracia en tres elementos fundamentales. Contiene primero el principio de lo que llamamos «mufakat»; es decir, unanimidad. Contiene, en segundo lugar, el principio de «Perwakilan», o sea la representación. Finalmente, la democracia contiene el principio de «muskawarah», que es la deliberación entre representantes.»

Y ambiciosamente, el Presidente Sukarno desea aplicar este sistema a las propias Naciones Unidas.

«La única forma en que pueden funcionar satisfactoriamente —dice— es por medio de la unanimidad que surja de sus deliberaciones, o para utilizar los términos indonesios, por el «mufakat», que surge de «muskawarah». Las deliberaciones deben realizarse en forma tal que no haya disputas entre los diversos puntos de vista; no resoluciones y contrarresoluciones; que no haya bandos, sino que sea un esfuerzo persistente para encontrar un terreno común en la solución de los problemas. De esa deliberación surge un consenso, una unanimidad, que es más poderosa que una resolución impuesta por una mayoría de votos, una resolución que tal vez no acepte o que tal vez rechace de plano una minoría», dice Sukarno.

«Se me pregunta si no hablo en forma idealista. Se me pregunta si sueño en un mundo ideal y romántico. No; no hablo en forma idealista ni sueño en un mundo ideal y romántico. Tengo los pies firmemente apoyados en el suelo. Claro es que busco la inspiración en el cielo; pero la cabeza no la tengo en las nubes. Os digo que esos métodos de deliberación logran su fin en nuestro Parlamento, en nuestro Consejo Asesor Nacional, y dan resultados prácticos en nuestro Gabinete de ministros; dan resultados porque los representantes de nuestra nación desean que den resultados.»

Aquí terminan los párrafos de Sukarno. Me he detenido en ellos por pertenecer a una cultura política poco conocida por nosotros, muy expresiva del tiempo actual y del mundo recién incorporado.

LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA

La experiencia española, convertida en Régimen y vieja de veinticinco años, vista desde los mismos observatorios aparece como otra considerable contemporaneidad. Fuera de los banales dicterios, de puro arrastre pretérito del primer momento, el juicio exterior no oculta frente a ella agradables sorpresas y opera con expectación favorable, ya casi convertida en trato de costumbre. En su creación, al sistema de vida pública española—los últimos veinticinco años y, sobre todo, los quince o dieciséis siguientes a la guerra—, le ha correspondido recoger lo esencial de las aportaciones históricas españolas; servir, como hacía mucho tiempo no eran atendidas, las necesidades presentes y dar forma a una original construcción del Estado, que probablemente al iniciarse, los españoles mismos apenas entreveíamos. Ha sido una horma excelente para los defectos y el cauce mejor concebido—quizá en dos siglos de Historia—para cuanto lo español puede dar en su provecho y en el de la vida universal. Los más sencillos —hablo de los juzgadores exteriores más o menos serenos—lo vieron al principio como una pura dictadura castrense, similar a otras y admisible para momentos de urgencia. Luego se encontraron con una realización doctrinal y vital, a la que desde el primer día se incorporaban enorme número de españoles, capaz de fundir en el crisol de la dirección política muy distintas aportaciones de pensamiento y emoción, que resultaron convergentes y creadoras. Llevaba su marea sobrada agua del mar popular español; le informaban doctrinas operantes, viejas y jóvenes, ninguna anticuada; se estremecía y vibraba demasiado con su época para estancarse en puro servicio de extinción de incendios, benemérito y circunstancial. El mundo lo ve ya como una creación política sobre un amplio consenso interno—el pedido por Ortega—y con buenas notas si le sometiere a examen el inspector de unanimidad de Heraclea.

Voluminosas y extensas son las bases de esta creación. Es un Estado para la concordia de quienes lo forman y entran en su labor, como todos los Estados de la tierra. No para otro tipo de concordia, a base de coincidencias con el adversario, «cuatros de agosto» y fiestas de la federación y abrazos de fraternidad provisional.

Así se han montado los regímenes fundamentales del mundo. Los más sólidos nunca, hasta fijarse a través de mucho tiempo, atendieron a la conversación con

MCD 2022-L5

destacamentos de supuestos reconciliables ni pensaron diluirse en doctrinas neutras preparatorias de las revanchas de enfrente. El inglés, por ejemplo, resultado de una gran revolución triunfante hace casi tres siglos, mantenida en sus líneas generales. Ni las guerras civiles de los pretendientes ni la resistencia pasiva de vencidos consiguieron variar el orden británico. Así ha llegado hasta nosotros. Desde dentro se ha hecho cada día más libre, más extenso y más popular, pero desde dentro. No hay otro camino. La misma gran revolución francesa montó igualmente el Estado nuevo francés. Y en la novedad de tipo revolucionario de los derechos del hombre ha vivido siempre Francia. Sin reconciliarse con los vencidos. Pudieron incluso, una temporada, volver príncipes, pero a encajarse dentro de la doctrina y encuadrados entre Talleyrand y Fouché. Los besos Lamouret, como dicen los franceses, o la sesión española de los abrazos de Alaix y Olózaga, distan de toda posibilidad fecunda.

El enemigo de un Estado, además, no desarma nunca. Hacen falta cuartos de siglo, medios siglos, siglos enteros, para hacerle sentirse, sin deseo de revancha y otra vez dentro de la unidad.

Me impresionó hace poco con cuánta claridad lo decía un pacífico profesor español en un periódico de Nueva York. Para él los emigrados eran españoles fronterizos, de los que en otros tiempos peleaban contra el moro mientras los otros laboraban, rezaban y hacían el amor—Ramón Sender lo dice más gráficamente—. Y esos somos nosotros, añade, que hemos estado cultivando durante veinte años «nuestras cualidades de gente fronteriza, mientras ellos—los fascistas—se han adocenado y aburguesado en el regodeo de la victoria».

EL ESTANCAMIENTO SOCIAL ES IMPOSIBLE

Si se hubiera limitado a ser la nueva fórmula estatal española conservadora, sin la sensibilidad abierta a la reforma social íntegra, su suerte puede conjeturarse hubiese sido distinta y no tendría los títulos presentes al general consenso. Ya hablé antes del número y canté al número. Nadie puede en España temer un estancamiento de la reforma social, ni siquiera una interpretación condescendiente y, como se dice ahora, paternalista. Alerta al progreso se encuentra el Estado Sindical. Su falla, sí, reduciría las posibilidades de vivir al sistema. O los reduciría su olvido del ánimo moral de cuanto se propone realizar. Un economista liberal norteamericano, Kenneth Galbraith, acaba de escribir: «Si las máquinas son el elemento decisivo, los arreglos sociales mediante los que aumentamos nuestras instalaciones y equipos físicos serán lo principal. Pero si lo que cuenta es el hombre, entonces nuestra preocupación principal han de ser los procedimientos para conservar los talentos personales. En éstos se apoyará el progreso.»

A juzgar ese Régimen por una ya larga trayectoria podrá perpetuarse incontables años, no inmóvil, sino en marcha constante, atento a cuantas posibilidades de cambio social crea la mente humana, exija la equidad y permita la distribución universal de bienes. Y perpetuarse precisamente por esa virtud, sin vacilar ante argumentos estancados ni ante temores anacrónicos.

Cuando se lee en las Memorias de la hija de Lloyd George qué pequeños cambios sociales de su padre espantaban a la Gran Bretaña de principios de siglo, ocurre con cuánta cautela es preciso acoger la peligrosa tendencia revolucionaria —en el más ofensivo sentido de la palabra—, que es la falsa cautela ante los inevitables pasos del progreso. Con suavidad, con hábil y fundada cautela, se dieron y se dan en este Estado nuevo. El profundo sentido religioso suyo, que a la cabeza de sus principios y antes que Sukarno le hizo colocar a Dios; la posición de ejemplar infiltración plena en su doctrina del pensamiento de la Iglesia, ingrediente quizá el más poderoso de esta sensibilidad despierta todos los minutos a la mejora de los más, ha contribuído esencialmente a darle perennidad.

Y damos por supuesto su sentido histórico, su sentido de la unidad y sus organizaciones detalladas de la máquina estatal, en general tan repletas de buenas aspiraciones. No es ésta una conversación apologética, sino una serie de comentarios con visión moldeada por prolongadas ausencias.

LA CATADURA DE LOS ENEMIGOS OFICIALES DE ESPAÑA

Nada resalta la modernidad de la creación contemporánea política española como la catadura extemporánea de sus enemigos oficiales. ¡Qué anticuado y evocador del pretérito, y aun «pasadista» en sí misma, es la «oposición»! Ahí, quienes pasamos nuestro tiempo fuera de España tenemos buenos informes. La vemos operar con todos sus ritos, firmas, manifiestos, protestas, movilizaciones, del extranjero, tan de la época de Francisco Ferrer. ¡Y del mismo período son sus lamentos sobre el esfuerzo perdido en España, por el supuesto malthusianismo intelectual del Estado! ¿No tienen todo el ámbito de una lengua hablada por centenar y medio de millones de personas y con otros huecos fáciles de atención, en espera de sus creaciones? ¿Y dónde están las explosiones de genialidad? ¿Qué ha surgido en un cuarto de siglo de belleza literaria, de creación filosófica o de pensamiento español, que no hubiera podido publicarse o no circule en España con todo su valor y alcance? Le contestaba Sánchez Mazas a quien le preguntaba por qué no escribía más: «Si

se me ocurriera «La Divina Comedia», ciertamente la escribiría.» Injusto era consigo mismo nuestro admirable y cercano amigo. Pero en la disidencia pasadista las »divinas comedias» siguen inéditas. No se ha perdido nada. A lo sumo, moneda fraccionaria de polémica menor.

Se resisten algunos observadores a recoger estos conceptos elementales favorables a la política española. Tal vez se resisten menos fuera de España. Nos falta aquí el hábito de comentar con simpatía las realizaciones del Estado.

Me da envidia la libertad de espíritu de San Ignacio de Loyola cuando al dirigirse a tantos príncipes, archiduques, reyes y magnates de todo género, con celestial y al mismo tiempo agudo y temporal impudor, encomia sus buenas obras, les agradece la largueza de los auxilios y se dispone a ensalzar cuanto puedan hacer en bien de la Iglesia. Es preciso afrontar el elogio y no temblar ante la exposición de cuanto bueno realiza el Poder. Excelente encuentro en este camino la homilía de mi admirado condiscípulo el obispo de Málaga sobre la situación religiosa española, recentísima. Sus afirmaciones toman elegante desenfado ignaciano, tan fuera están de la preocupación por las interpretaciones malignas de quienes piensan mal cuando se habla bien.

Hay inmenso temor de confesar que se vive a gusto; y a sacar las consecuencias de ese existir políticamente bueno, en gracia de contemporaneidad y en gracia de Dios.

EL MIEDO AL MAÑANA

Por lo que uno puede ver, muchos disfrutadores y asombrados de lo conseguido para no rendirse, tiemblan al considerar el porvenir, el mañana. Recuerdos de inestabilidad política y de excesiva contienda trabajan a esos angustiados. «¿Qué ocurrirá mañana?» «¿Cuánto durará nuestra fortuita bonanza?», se preguntan intranquilos de bastantes clases y muy distintas intenciones. Y los hay tan asustados que, por miedo al acontecer futuro y a los inconvenientes normales de cualquier cambio personal, están dispuestos a aceptar los planes sucesorios más distantes del sistema presente, del que parecen tan satisfechos. Lo mismo que Gribouille, que un día salió a la calle sin paraguas y, como empezara a llover, para no mojarse se arrojó a un estanque.

Cuando se ha llegado a un buen vivir público y se encuentran caminos para todas las aspiraciones y corazas frente a las jabalinas hostiles y jugosidad de conceptos sobre la ordenación pública, parece lógico procurar seguir dentro del sistema, asegurándole serena permanencia ganada por sus méritos durante largos períodos. Pero, ¿cuánto cuesta al angustiado político enterarse de que está bien y de que puede seguir estándolo?

Un chiste tontín, atribuído a varios escritores, define la salud como un estado precario que no augura nada bueno. La salud política, algunos no se atreven a disfrutarla plenamente al pensar en el mañana. Quizá por desear eludir mañana las reglas de higiene y las normas de vida, capaces de garantizar esa salud. Las personas cambian, pero «esto», y los «estos» —y perdonadme la vulgaridad del término tan empleado por los insomnes ante el porvenir—, es decir, la organización y la trabazón política, duran mucho. Siempre más que las personas para honor de quienes dentro de la Historia han sabido montarlas con la mirada en el futuro, medida principal este montaje de su genio político. Nos sobran los ejemplos contemporáneos buenos y malos. Desvíense, pues, los Gribouilles de los estanques visibles y de otros más taimados disfrazados con ramajes.

LAS GARANTIAS DEL MAÑANA

Son el contenido político, la fuerza de la opinión, el hábil pilotaje, las garantías del mañana para un sistema de Estado. Desde la era nueva comenzada el siglo XVIII con la gran Revolución de Francia, todavía más. ¿Qué sucesión de personas parece más segura que la hereditaria de sangre y línea? Pues mirad a España desde 1800 y veréis cómo a Carlos IV sucede el motín de Aranjuez, y a Fernando VII, dos aspirantes al Trono, y a Isabel II, una revolución, y a Don Amadeo, el vagón nocturno de ferrocarril tras la abdicación, y a Don Alfonso XIII, el levantamiento electoral municipal de 12 de abril. En cambio, ni heredero había cuando muere Don Alfonso XII, y una excepcional concordia de partidos y un no menos raro cansancio del enemigo hace posible la transmisión legal. Y siempre ocurrirá lo mismo para funciones estatales auténticas y no de pura apariencia.

La evolución de estos últimos quince años, con el secarse de lo llamado antes puramente político; el haber dado a la transformación social estado de permanencia e ineludibilidad; la creación de un espíritu internacional, antagónico y peligroso como nunca, y por eso mismo exigente de durezas y vigilancias en quienes al frente de cada pueblo deben arrostrarlo, han favorecido en lotería a los regímenes establecidos o que consiguieran establecerse y vivir durante ese período. Y a la edición española del ordenamiento político universal le ha tocado premio de esa lotería.

Es imposible mantener siempre las exaltaciones de los momentos de riesgo y de los albores de la fundación, lo dije antes. El ser humano apetece y practica una vida consuetudinaria, que no excluye la firme incorporación de todos los fervores y su estar despierto para cuando sean precisos. Se engañan quienes suponen a la contemporaneidad convertida en régimen político, y concretamente a la contemporaneidad española, aclimatada a la molicie, como decía el universitario hostil an-

MCD 2022-L5

tes citado. Se reacciona de distinto modo en ausencia de obstáculos y de agresiones. Sobra la desmedida y aquijotada violencia. Pero sigue la disposición de pelear otra vez si el obstáculo surgiera. El ardor no necesita mostrarse en las mismas formas, y seríamos bien cortos de visión si nos atuviéramos tan sólo a una manera de entender el ímpetu combativo y operáramos como boyas. Pasaron a la historia algunos personajes resucitadores de puras antiguallas externas. Como aquel pintoresco marqués de las Cortes de Cádiz, que desfilaba con ropas del siglo XVI ante los estupefactos varones de 1812. Cada momento reclama ejercicio distinto del patriotismo, y no es de las menores funciones del Estado saber administrarlas.

VIVIMOS UN INSTANTE DE UNIVERSALIDAD

Es el que vivimos un instante de universalidad, la gran ocasión de Naciones Unidas. Nuestros pensadores y jurisconsultos del pasado se sentirían a sus anchas en las salas del edificio de la Primera Avenida de Nueva York al ver entre confusiones, dificultades y enredos a veces excesivos, un esforzarse de los mejores por la coincidencia universal. Nuestra posición española ha obedecido al mandato histórico y a la decisión íntima nacional al incorporarse al movimiento universalista y recibirlo con el corazón tranquilo y los ojos de par en par. En ese mundo estamos.

Un mundo donde, entre excesos de retórica e injusticias notorias, se han roto muchas cadenas y la aspiración cristiana de igualdad de los hombres avanza. He señalado otras veces cómo el surgir Delegaciones de todos los países en la ONU y el hallar a su frente hombres de entendimiento y agilidad mental, elevaba el alma y nos hacía sentir la igual capacidad ante Dios de todos para realizar visiones humanas y para la suprema de la salvación, hubiera recordado Maeztu. Los españoles tenemos nuestra postura definida y nuestra sensibilidad no se ha embotado ante la aparición de los nuevos pueblos. En nombre de la Delegación española decía yo este año, al empezar nuestras sesiones:

«¡Qué mayor consuelo para quienes, como los españoles, tienen un concepto providencial del desarrollo humano y una creencia firme y decidida en la igualdad de los hombres y su capacidad de desarrollar las mismas facultades y alcanzar idénticas metas en su vida que esta aparición de tantas naciones hoy sentadas a la deliberación universal de la Organización de las Naciones Unidas!»

«Hora de justicia para España ésta de salir a tomar el sol, de los destinos políticos, con finalidad dentro de lo universal, los pueblos jurídicamente nuevos. Un considerable historiador británico cuyos juicios tienen valor, sea cualquiera la apreciación que a su obra y hasta al sistema de su obra puede atribuirse, Arnold Toynbee, ha escrito el 7 de agosto en el suplemento ilustrado del «New York Times»: «Entre los pueblos de civilización cristiana occidental, los que hablan español y portugués están notoriamente libres de toda conciencia de raza».

«La libertad de los españoles y de los pueblos de lengua portuguesa y española de ese sentido racial es un hecho incuestionable.»

Y del brazo de mi ilustre colega de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el padre Venancio Carro, de la Orden de Predicadores, acompañaba estos votos con el aporte riquísimo de nuestro pensamiento de la época de la conquista de América, entresacando citas de su espléndido estudio sobre los teólogos y los teólogos-juristas españoles. Cita el padre Carro al padre Montesinos, de la Orden de Predicadores, que «ya a principios del siglo XVI empezaba la apología sobre los derechos de los indios ante el acampar de los españoles en América, y decía: «¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánima racional...?» Y ahí estaban los derechos del hombre, servidos por el pensamiento de nuestro Siglo de Oro. De Domingo de Soto es la frase, que debe interpretarse con el sentido de su época y de la religión del autor: «El cristiano con la gracia santificante no tiene un adarme más de derechos, en lo natural, que el infiel salvaje, blanco o negro.» Y es el gran dominico Francisco de Vitoria, padre del Derecho internacional, quien enseña que los indios son legítimos dueños de sus tierras y haciendas, como son legítimos sus príncipes y señores, a los que los otros príncipes deben respetar sin buscar motivo para dominarlos, en su incredulidad y costumbres. «No sería lícita, por tanto, la guerra y la conquista si se resisten a creer, si permanecen en su infidelidad y en las prácticas idólatras», enseñaba Vitoria.

Y quedaba bastante satisfecho de vivir en un mundo repleto de peligros, pero no peor que otros y quizá más cristiano.

Y me felicitaba también de representar la amplitud mental de unas instituciones políticas capaces de entender la nueva ola, en cuanto sea la eterna ola de la justicia y del bien.

MCD 2022-L5